

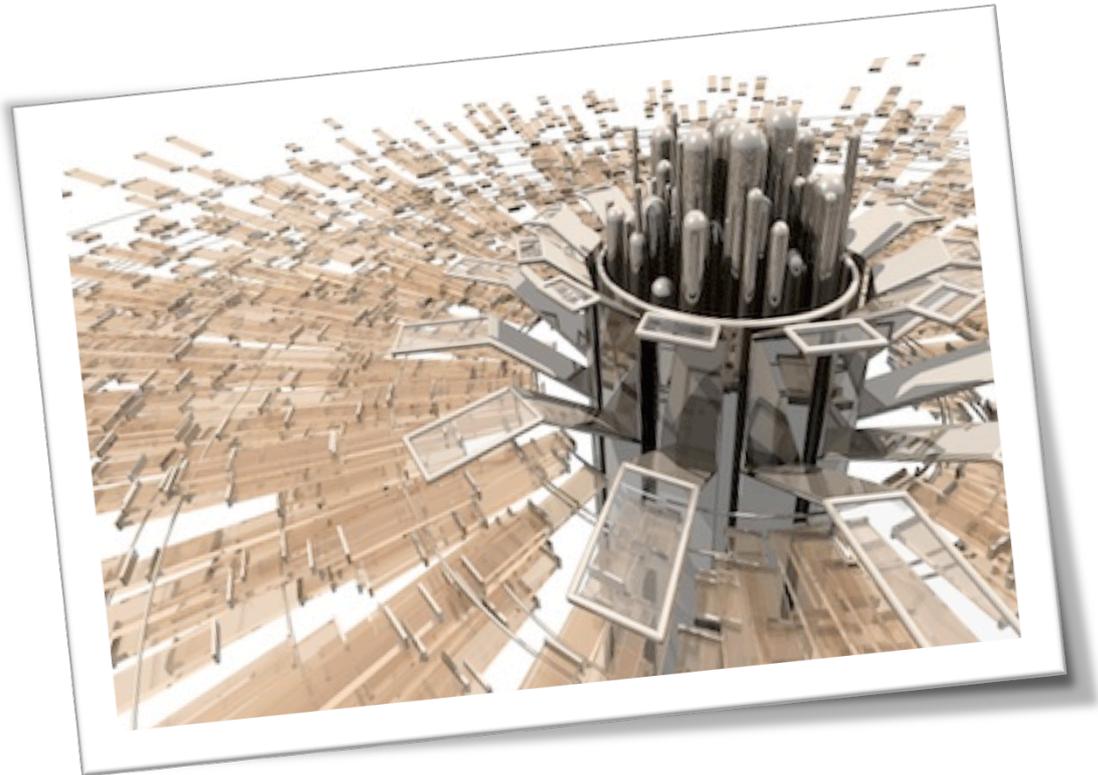
PODER, ESPACIO E IDEOLOGÍA EN LA VIRTUALIDAD

Francesc Llorens Cerdà

Twitter: @FrancescLlorens

1987-2010-2011

Keywords: Poder, Sociedad Virtual, Posmodernidad, Filosofía



1. ¿EXISTE EL PODER? En la edad posmarxista y posgutenbergiana del capitalismo desublimado, del individualismo calvinista y brutal, de las noticias visuales y la circularidad de los lenguajes (un solo lenguaje, gustaba decir Barthes, comienza a circular por todas partes; un "neolenguaje", afuncional y neurótico, se ha instalado por doquier, desde la literatura americana de las últimas décadas —Carver, Easton Ellis, McInerney, Leavitt, Anne-Philips...—, hasta el propio pensamiento autófago del cierre, —Derrida, Deleuze, Baudrillard, Fukuyama, Lipovetsky...—), el poder, conforme a los últimos análisis de fines del siglo XX, no sólo se ha desterritorializado, sino que ha adquirido la fuerza de la desmaterialización, la propiedad reversible de la energía, el carácter vectorial de los campos de fuerza. Estamos sometidos a un campo de poder invisible, lo que no tiene nada que ver con aquél del que hablan los teóricos de la democracia, sino con una suerte de hiperpoder que no consistiría en la oposición de relaciones de fuerza, de interpretación o exégesis, ni tampoco en la penetración de todas las escrituras por el agujón de la

ideología; antes al contrario, todo eso se ha como suspendido, en favor de una disuasión generalizada: pérdida completa de la *teoría*, flotación de todos los discursos, sin índices comparativos u opositivos probables. Corresponde esta fase a la de la purificación del lenguaje, instante en que los lenguajes, cansados del juego del gato y el ratón con la realidad, se desenmascaran definitivamente. Ahora el decir está sublimado hasta ese punto supercrítico en el que basta con una pequeña modificación de alguna de las variables para que, como sucede con los estados fluídos, todo quede absolutamente desestabilizado. Vivimos hoy ese *punto de indiferencia* de los lenguajes: de repente ya no sabemos qué sentido tiene cuanto estamos diciendo.

Hablar, sin más, se convierte en un ejercicio de poder. Precisamente ahora, que todos viven las formas positivas, inclusivas y emergentes de la virtualidad, y el silencio es interpretado como nihilismo, hablar comienza a representar la estructura imposible de la ideología: esa fase en la cual la ausencia de toda coacción y la coexistencia

de todos los códigos se vive como desdén hacia la palabra, como indiferencia general hacia la legitimidad: todo comienza a ser consumido bajo las mismas consignas: una extrema banalidad y una inevitable impresión, la de que, *si alguna escritura se jugara alguna vez de verdad, lo haría contra nosotros y no a nuestro favor.*

Nos encontramos hoy ante el poder en su forma pura, destilada de toda infección ideológica, algo así como el *modo gravitatorio del poder*. Claro que también podría verse desde el otro ángulo: estamos ante esa depuración de la ideología que consiste en la pérdida de la pasión, en una espectral insolidaridad con todos los discursos, con todos los lenguajes y los mensajes, esa forma lúdica de desencanto que transparece cuando ninguna defensa es ya posible.

2. ¿EXISTE EL ESPACIO? Es una pregunta circular, puesto que el espacio se inventó para que nada pudiera ser pensado fuera de él, para que todo gesto, todo acto, toda interrogación, todo movimiento, quedaran en lo sucesivo ubicados entre un punto de vista y un punto de fuga. Conscientemente, la exigencia "espacial" se materializó en un constructo llamado *Ciudad Ideal*; empero, hoy podemos hacer la hipótesis de que no hay un espacio en el que se despliega la utopía socio-política del ser, sino, antes al contrario, sólo existe un espacio, una arquitectura del discurso porque una vez se supuso que había un orden puro y objetivo del ser llamado Ciudad Ideal.

En el fondo, siempre hemos intuido que un espacio puramente *métrico* (una suerte de escritura que interpretaría una "verdad" anterior al mundo —la Ley— y flotante sobre él como verdad de todo mundo posible) no es en absoluto un espacio puramen-

te neutro, pues la estructura de un universo tal es, de acuerdo con Newton, determinante para el comportamiento inercial de un móvil introducido en él (*principio de inercia*). Los lógicos debieron desoir las advertencias newtonianas, ya que, de la misma manera, la estructura formal del discurso no constituye ni una pintura objetiva del mundo, ni una construcción neutra con respecto a la significación y al sentido, y el conjunto de las transformaciones a que se somete el campo —fundadas sobre las invariantes que la metafísica denominó "leyes del pensamiento"— no interpreta una transitividad objetiva del mundo, sino sólo proyecta sobre él determinado modelo de intercambio y significación, del cual depende la naturaleza de la legitimación adscrita al saber, es decir, la constitución de los relatos que explican nuestras relaciones sociales y epistemológicas.

El espacio, la perspectiva, el ordenamiento en profundidad de los lugares y las cosas *según reglas*, la disposición lineal, superficial, cúbica, del discurso (el metadiscurso, el *hipertexto* en definitiva), pero también la simplicidad del orden narrativo de los contenidos, que fascinaba a Robert Musil, todos esos fastos traducen la ilusión occidental de un tiempo y una trascendentalidad vírgenes, ideológicamente hablando, llámense utopía o interpretación: una voluntad de aplastar el caos, la diseminación y la deriva y reconciliar finalmente al sujeto con el mundo.

3. LA PALABRA OBSESIONADA (O LA PROTECCIÓN DEL CÓDIGO). El espacio, como el discurso, vive de la exigencia de su producción. Debe ser constantemente producido y re-producido, territorializado, pues de ello depende nuestra supervivencia

simbólica. Esto es extraordinariamente patente en el espacio de la virtualidad, donde, por debajo de la capa de software, lo fundamental (y lo que causa la mayor parte de los conflictos legales) es la protección del código. El código binario es a la virtualidad lo que los fonemas al lenguaje o las relaciones de parentesco a la antropología estructural.

Pero esto es una paradoja, porque el espacio existe, precisamente, para asegurar la correcta producción del mundo. ¿Cómo ha de ser producido aquello que es condición de la producción? Platón entendió perfectamente (y Kafka describió maravillosamente en su inigualable ‘De cómo fue construida la Muralla China’) que todo poder comienza siempre por el dominio “topológico”, dominio más sutil que la fuerza, la reclusión, el confinamiento o la muerte (formas que acaban siempre produciendo una sobreconciencia de verdad, en la cual el dominado, el inferior, el *diferente*, se reconocen legitimados). Así pues, este maestro de la ficción se aplicó a excluir a los poetas, a los artistas, de su *Ciudad Ideal*. Dado que el ser sólo puede desplegarse en la *Polis*, la exclusión significa la eliminación, no sólo física, sino metafísica, substancial y simbólica. Esta exclusión es concebida como un aniquilamiento “estratégico”, pues tiene que ver con estructuras y oposiciones fundamentales. Al artista no se le asesina impunemente, no se le conmina a callar, ni es objeto de ley derogatoria alguna; simplemente, se le niega formar parte de la *Ciudad*. Se le niega así el espacio, y esta negación ya implica a todas las otras: que siga hablando cuanto quiera, que siga narrando las transmutaciones de Hera y las historias de Circe, pues fuera de la ciudad no hay discurso, ni, por tanto, comprensión. Platón vio muy bien que la palabra no es nada si no se perfila sobre un

código relacional, una malla gravitacional de la cual el espacio es consecuencia, y no causa. Se vertía así a la historia del pensamiento el problema de la “representación”, problema no sólo epistemológico, sino también literario y político. Pero la batalla de la representación no se juega en el lenguaje más que como reflejo de un *orden ideal* que el decir instituye, si se “dice” según condiciones.

La obsesión occidental por el discurso y sus incesantes metástasis deriva de esa institución inicial de un orden en el cual la “verdad” jamás es reflejo estático, sino siempre activa creación del objeto amado (como interpretaba Eugenio Trías, *eros es poieis*: ésa es su naturaleza. Y lo que se engendra es masa, v.g. gravitación y por tanto *fuerza*). Ahora bien, el acto de engendrar, de producir, que Occidente ha elevado a categoría esencial de la naturaleza humana, jamás es neutro, ni inocente. No producimos para conciliarlos con nuestra naturaleza, para aproximarnos a la utopía o para apropiarnos hermenéuticamente de la realidad. Como puso de manifiesto Michel Serres, el discurso supone conjurar siempre algo o a alguien, un parásito, un “tercero”, un otro excluido del paradigma de la representación. Así pues, no producimos *para* (algo o alguien), sino *contra* (algo o alguien). En el contexto platónico, la obsesión del decir la constituye el Otro, una mimesis inauténtica que se supone no es, a diferencia del acto poiético verdadero, intrínsecamente “representación”.

4. MODERNIDAD: EL PODER COMO METAESCRITURA. La vocación del poder es confundirse con el espacio, consiste en ocupar la *topología del ser*, camuflarse precisamente porque ahí da la impresión de

ser estructural, fundamental: es a esto a lo que llamo *ideología*. El pensamiento de la modernidad no puede emitir una teoría no-espacial del poder, no puede pensar el poder en términos aperspectivos, puesto que él mismo, en tanto *metaescritura*, está organizado espacialmente. El poder ideológico pertenece a la modernidad en la precisa medida en que es metadiscurso y establece por lo tanto las relaciones "de profundidad" necesarias para pensar según reglas aquello que había sido creado sin categorías ni orden. Desde este punto de vista, la "espacialidad" es *lo que se da* por añadidura en la escritura de la modernidad, sólo que naturalizado y oculto por el imperativo de la representación. La vocación del poder ideológico es convertirse en un efecto de profundidad, elevar la representación a la categoría de espacio absoluto, de manera que todo decir la presuponga siempre. La imagen del poder ideológico como lo asociado a las tiranías, la barbarie, los fascismos, o incluso al consumismo capitalista es una nimiedad, porque toda ideología, según se manifestó privilegiadamente en los principios del *murare* renacentista, debe ser analizada como trabajo arquitectónico. Hoy, la ausencia de teoría, las estrategias de la simulación, eso que, en relación con nuestra experiencia del mundo ha sido llamado "manierismo acrílico", vienen a poner de manifiesto la rotura de la espacialidad y la representación. Los maestros holandeses reproducían la perspectiva adosando los elementos planos, las figuras, sobre una superficie: ¡gigantesco trucaje de la noción misma de perspectiva a través de su *escenificación*! Este efectismo del *trompe-l'oeil* es el que rige hoy toda escritura: asistimos al ensamblaje de todos los acontecimientos, a la cohabitación de todos los lenguajes, toda una historia reproducida en una suerte de museo sin memoria y sin representación.

Gianni Vattimo lo llamó el "doblaje irónico del humanismo de la modernidad", una estructura plana de las cosas, un fotomontaje del mundo. Vivimos ahora el fin de la espacialidad: lo *topológico* del ser es en realidad un producto *gravitacional* de los lenguajes (igual que el espacio matemático es el resultado de las ecuaciones que describen el campo gravitatorio); y en su interior nunca se vivió la tranquilidad del orden de la representación, sino sólo la irascible contienda de la *ley* con la banalidad del *simulacro*.

5. POSMODERNIDAD: LA ESCRITURA SIN ESPACIO. Jacques Attali: "la historia es una novela incansablemente reescrita". Vivimos en las metáforas de la escritura. No hay otro punto de partida posible que la reescritura constante del mundo; he ahí el único modo de conjurar la violencia de toda palabra: volverla a "decir", a escribir, sin la ilusión de la diferencia, sin la alucinación del "sentido". Y sin la esperanza de perspectivizarla en un contexto histórico.

La virtualidad es el escenario privilegiado en el que se materializa hoy esta desespacialización de todos los discursos, del mismo modo que la realidad es el campo en el que se produce la deshistorización generalizada de los acontecimientos. Por tanto, no hay diferencia sustancial entre una y la otra. La producción logarítmica de objetos, artefactos, acontecimientos y memorias sucede en realidad fuera de todo espacio organizador, en la simple movicuidad de las relaciones entre avatares. Nadie teme ya a ningún discurso, y esa es la manifestación más evidente de su poder *extático*. Se trata del poder de la indiferencia, que consiste en destilar toda fuerza, toda intensidad, todo apasionamiento, a favor de una suspensión

del sentido. Es aquí, en esta topología imposible, donde nos encontramos todos, escritores y críticos, estrategas y snobs.

“Estamos atrapados en la verdad de los lenguajes” –continuaba Roland Barthes–. Ciertamente, pero esa verdad ya no volverá a ser la tematización del mundo en una sola escritura, por transversal que fuere: pues la pérdida de densidad del espacio virtual es fruto de la fragmentación del mundo y de los relatos legitimantes de la modernidad, que no sólo se autoliquidó, sino que disolvió en esa operación todas las energías. De repente todo es desnudado y enfrentado a sí mismo: poder al desnudo, lenguaje al desnudo. Todo es hoy, y lo seguirá siendo, discursivizado: no quedan territorios secretos, rituales, vírgenes, nada que profanar. Y nuestra miseria procede del hecho de que seguimos fascinados por la *transgresión*, por la escritura como acto tauromáquico – que diría Michel Leiris– o taumatúrgico – como agregaría Ortega y Gasset–. A decir verdad, *no podemos soportar la idea que nos estamos quedando sin territorio*, y de que los acontecimientos rizomáticos proyectados en las redes no consiguen hilvanar el espacio fundamental, necesario para el *orden*, para organizar de una vez, y de nuevo, nuestra noción de una realidad auténtica que nos reconciliaría en el límite con nuestra naturaleza en tanto sujetos.

De ahí procede la paradoja fundamental: debemos aceptar la producción incesante de discursos que no transforman nada, sólo anticipan el futuro en un *modelo de transformación permanente*, lo que nos tranquiliza y aparta de nosotros la pesadilla de la muerte.

Ahora vivimos la conversión de todas las producciones, de todas las cosas, en *campos gravitacionales autónomos*. Una red

cuya topología es constantemente reorganizada por la atracción-repulsión que experimentan sus nodos. Tal dinamicidad es un “efecto” de movimiento, pero, en lo profundo, la impresión de un espacio de discurso no pasa de ser eso, una “impresión”, una huella presente de un futuro que ya ha tenido lugar, dado que ha sido anticipado en este modelo de producción profundamente intemporal.

De forma extraña y poco comprensible, la posmodernidad nos ha hecho rehenes de la infinita propiedad de fragmentación que poseen el espacio y el tiempo. En esta simultaneidad fingida, o simulada, los lenguajes se buscan en su propia recurrencia, en su autofagia, en una torsión sobre sus centros, como si pretendieran canibalizarse a sí mismos. Sobre este escenario, planicie sin profundidad, pues, ¿en qué lenguaje habremos de reconoceremos? Ciertamente, no en el histórico, que dejó paso hace décadas a la desesperación transhistórica, esa desazón que consiste en un no saberse buscar más que asintóticamente, en una ciudad ideal eternamente diferida por definición. La pérdida de la *historia* como referente, sin embargo, no puede vivirse de modo dramático, sino, al contrario, con la comicidad propia de la *dramatis personae*. No podemos reconocernos ya en tiempos lineales, ni siquiera cíclicos o dialécticos, sino en procesos metalógicos y especulares que atrapan al sujeto y al objeto en una órbita de reflexión infinita, y ello nos provoca el placer de la desatención y el olvido.

Habría que aprender a soslayar esa sospechosa obsesión por la historia, y preguntarse, puesto que tanto se habló de ella en el pasado, y tanta fue la confianza en su poder redentor, si no estaremos en realidad muy poco seguros de haber pertenecido alguna vez a sus anales.